

animaba a los jóvenes escritores que fueron amigos de aquel genio de nuestra América. En estas páginas, Melfi logró poner un mágico atractivo, una seductora evanescencia de recuerdos, una fina nostalgia de artista que ve cómo el humo dorado de los sueños juveniles se disuelve en las sombras inexorables de ese tiempo que no se puede detener.

Y en esta forma, sin palabras trascendentales ni juicios definitivos, Melfi, como un viejo nigromante perdido en el dédalo del tiempo, nos muestra su caja de paisajes maravillosos, en un lenguaje de sobria sencillez y de ricas sugerencias emocionales. Generosamente, no ha querido que algunos nombres se escapen de este libro que tendrá permanencia en nuestra historia literaria, y así vemos aparecer de pronto la silueta de René Brickles, con sus espaldas cargadas, con sus años decepcionados y sus ojos de mirar tímido e inquieto, como si buscaran un hueco por donde escapar. Así lo vimos también nosotros en una tarde que lo encontramos en el Portal, y habló con un aire de ensueño y de realidad, de sus novelas. Brickles es uno de los olvidados a quien el autor de este libro del cual damos cuenta, ha recogido como a uno de esos heridos que se quedaron extraviados en un campo de batalla, que nada esperan, porque tal vez nada desean.

Domingo Melfi ha cumplido una bella jornada de su viaje. Esperamos que la continúe para que nos muestre sus nuevos hallazgos, en esta original y bella peregrinación.

<https://doi.org/10.29393/At240-92BCDII10092>

ESTA BELLA CIUDAD ENVENENADA.

Como en un terso espejo iluminado por los resplandores de su inspiración, Pedro Prado ha colocado en cada página de este hermoso libro, un soneto. Y cada uno de estos sonetos muestra las diversas facetas de su temperamento de poeta ensimismado en su música interna. Una sutil claridad le da a su emoción esa inquietud, esa vibración, esa angustia de la vida moderna, Pero

un no sé qué de vagas y recónditas melodías le imprimen a ratos a su verso un místico perfume de largos silencios, en que la poesía brota como el agua de la roca, que no sabe de otro roce que el del viento y el del sol.

Prado, nos causa una especie de asombro, tal vez de fascinadora perplejidad ante la perfección de sus sonetos. Da la sensación que su pensamiento siguiera una ruta en la que hay breves rincones en donde el poeta se detiene para entonar su voz y para escuchar las palabras que brotan del corazón y a las cuales envuelve en esas resonancias que trae el mundo exterior para hacerlas cantar en su sensibilidad. Nostalgia—Encarnación—Sublimación—Tragedia—Olvido—Soledad—Revelación—Imago, son las estaciones poéticas donde descansa este moderno rápsoda.

Reina en todo el ámbito de este libro una turbadora sensación de sueño, hecho de ingravidas visiones. Nos parece que el poeta fuera como un caminante que marcha obsesionado por una íntima preocupación. No es la euforia clamorosa y ardiente de quien siente que la vida estalla a su alrededor con mil incitaciones jubilosas, sino una sutil tristeza que proviene de algo inasible. De un bello mundo de irrealidades, que fueran alquitarando en su intimidad una lejana fragancia de recuerdos. Hace pensar en una historia de amor cuyos episodios apenas se insinúan, en leves sugerencias. Pero en ese amor no hay apasionadas realizaciones humanas, sino una desgarradora ausencia. Una dulce vislumbre que oscila entre el olvido y el recuerdo y que, sin embargo, es huella profunda en la emoción del poeta que no se resigna a lo inasible y trata por medio de la sublimación grabar y retener la fugitiva sombra:

No más que una mujer, y yo vi en ella
la presencia del signo y el sentido
de la rosa, del ave y de la estrella
no más que verla y me sentí perdido:

no más que su silencio y le dí oído;
la escuchaba mejor; ¡era tan bella!
Una mujer tan leve, y ha podido
a su paso dejar tan honda huella!

Apenas si miró; ni tanto fuera...
estaría entre todas asombrada,
si supiese que sólo su mirada

turbara mi alma por la vida entera,
menos que una mujer; una sonrisa
que tímida de amor quedó indecisa.

Es el deslumbramiento del amor. La forma humana que fascina hasta el éxtasis. Pero el poeta encuentra su goce profundo en lo extrahumano. La admiración supera al impulso apasionado, para transformarlo en ensueño. El poeta es más fuerte que el hombre con sus arrebatos, con su exaltación, con su locura erótica. Esa profunda huella se convierte en dulce resplandor interno. En lámpara que es música y celeste luz. Sólo el arte puede realizar este milagro. Sólo se puede escapar del supremo trance con un salto inaudito. Los hombres corrientes lo salvan con una puñalada, con el suicidio o por medio de la vieja violencia del instinto. El poeta retorna de su prueba cruel, como el pájaro que huyó del sol:

Para mejor amarte no te amara;
renuncié yo a tu amor, mas nunca al mío.
Tú viste en mi actitud sólo un desvío
un alma absurda y una mente rara.

Y la más pura lágrima llorara:
sufrí, de la locura, el desvarío
de la muerte temida sentí el frío;
mi angustia crece, y de crecer no para.

Te vi tan bella, que te quise pura;
te vi tan dulce, que te quise buena:
te herí para apartarte de mi lado:

para mí dejé sólo la amargura
huí el amor para escoger la pena;
y en honda soledad mejor te he amado.

Fragmentos exquisitos de este libro de Pedro Prado, nos dan la idea de su altura poética y de su pureza emocional. Son el producto de una sensibilidad sin alquimia, ni falsas especulaciones esotéricas.